

Artículos

¿ES LA VIDA RELIGIOSA ESENCIALMENTE EVANGÉLICA?¹

¿Es evidente el carácter evangélico de la vida religiosa? ¿Es suficientemente conocido por los cristianos y los mismos religiosos?

En los institutos activos, el frenesí de las actividades educativa, científica, hospitalaria, social, etc. tiende a velar la profundidad evangélica o aun a reducirla. En los institutos contemplativos, las rejas, las clausuras parecen proteger ante todo una vida a regularidad y de piedad, la cual no es simplemente idéntica a la vida evangélica.

En cuanto al espíritu que anima a los institutos se perciben a veces trazas de moralismo, como si el ideal religioso se agotara en el ejercicio de las virtudes naturales; a veces un poco de voluntarismo, como si el nervio a la vida religiosa consistiera en una voluntad firme; a veces, también, la sombra del legalismo, como si la exacta observancia fuera el fin último de la existencia religiosa.

El segundo Concilio Vaticano no puede más que modificar estas perspectivas dondequiera existan. Porque confiesa la primacía de Cristo en la Iglesia, afirma igualmente su primacía en la vida religiosa y subraya al mismo tiempo el carácter evangélico de ésta.

Seguir a Jesucristo

Sin Jesucristo, el estado religioso es completamente ininteligible. No comienza con las Reglas y Constituciones, ni termina con ellos.

Cuando se habla de vida religiosa, hay que nombrar en primer término al Hijo de Dios, Jesús, nuestro Señor; y no las casas o las obras del instituto, su historia o sus santos, o aun sus fundadores.

La vida religiosa nació de la voluntad de seguir a Cristo, es “sequela Christi”. Jamás los institutos son “sequela fundatoris”. Su razón última de ser, en el sentido más estricto, no es la decisión del fundador, ni sus palabras, ni sus ejemplos, sino la gracia de marchar en pos de Jesús que llama: “Ven y sígueme”. Los institutos tienen derecho a la existencia por su fidelidad a seguir a Cristo y, cuando el segundo Concilio Vaticano los invita a reencontrar el espíritu del fundador, no contradice este principio.

En efecto si hay una afirmación conciliar que sea inequívoca; es aquella que el centro de gravedad de la vida religiosa es el Señor Jesús. Las palabras que lo dicen vuelven como un refrán:

“Seguir a Cristo con mayor libertad.... En seguimiento de Cristo... Que sigan a Cristo, etc.”².

¹ Publicado en la *Vie Spirituelle*, tomo 116, junio 1967, pp.697-710. Traducido por Martín de Elizalde, osb. Los Toldos, Pcia. de Bs. As. Argentina.

² *Perfectae Caritatis* (=PC) 1; 2 a y e; 8; *Lumen Gentium* (=LG) 44; cf. 41.

A través del Concilio el tema evangélico es dominante, como en las palabras de Jesús, es la voz misma del Señor que suena en nuestros oídos una vez más: “Venid, seguidme”³.

Estas palabras tan simples tienen un sentido propio -inesperado y misterioso-, diferente del que tienen otros términos, igualmente religiosos: “Tener piedad, practicar la virtud, obedecer a la Regla...”. Seguir a Cristo es reconocer que Jesús de Nazareth es, en su persona, toda santidad y toda justificación (cf. *Hch* 3,14), como él es toda la Verdad; es proclamarlo Señor confesándolo por todas sus acciones, querer que sea toda la vida en toda nuestra existencia: todo el amor en todo amor; todo el pensamiento en todo pensamiento.

Si la vida religiosa no es eso, “no merece una hora de esfuerzo”. Por eso interroga sin cesar: “¿Qué debo hacer, Señor?” (*Hch* 22,10). Siempre afirma: “Te seguiré a cualquier lugar que vayas” (*Lc* 9,57). Equivale a decir que exige una adhesión entera a la persona del Hijo de Dios –“porque es él, porque soy yo”-, una adhesión de hombre libre, un consentimiento reavivado indefinidamente en Cristo “que es todo en todo” (*Col* 3,11), “por quien nosotros somos” (*I Co* 8,6).

Sin embargo ¿ese consentimiento sería algo más que una apariencia, si se pretendiera amar a Cristo pero marchando al azar, si se fuera con el deseo de Cristo, pero hacia cualquier cosa? Algunos imaginan que es así. Puede ser que cándidamente. Ciertamente se equivocan.

No se puede seguir a Cristo sin amarlo. Pero no se lo ama si no se lo sigue paso a paso, si no se lo imita, Es por eso que la “sequela Christi” hace brotar la “imitatio Christi”, pide la semejanza a la imagen del Hijo de Dios (cf. *Rm* 8,29). Imitar a Jesucristo es coexistir con él, dejarse formar e informar por él. No es posible creer que se sigue a Jesucristo, si no se adopta su pensamiento (*I Co* 2,16), sus deseos, si uno no se consagra al mismo servicio que él. Y el sentido que tiene la Regla es, justamente, el de hacer disponible al religioso para seguir más de cerca, más seguramente, al único Señor: ser “pedagogo hasta Cristo” (*Ga* 3,24).

El espíritu de Jesucristo: la renuncia

Hay pues que asumir francamente el espíritu del Señor. Es más que un deber, debe ser una inclinación.

Ahora bien, y digámoslo de entrada, aun a riesgo de desagradar con semejante comienzo, no se puede ignorar que el Señor eligió para sí el camino de la renuncia ,en lugar de la alegría que le era propuesta” (*Hb* 12,2), y que su predicación afirma formalmente ese deber desde el principio (*Mc* 1,15). Escuche entonces el religioso la advertencia, siga sus caminos, en la medida que lo exige el servicio del Reino, hoy como ayer. En efecto, decía León XIII a los religiosos, incitándolos a la abnegación evangélica, “Cristo no cambia con el paso de los siglos, es el mismo hoy como era ayer y será en todos los siglos” (*Hb* 13,8).

Sin duda, las distancias que hay que tomar respecto del mundo extraño u hostil a Cristo varían según el tiempo y las circunstancias, pero siempre habrá que tomar distancias. No se puede ser cristiano sin admitir eso, no se puede ser religioso sin consentir francamente en ello. Después de León XIII, Pío XII lo recordará invocando el texto inequívoco de San Pablo: “Por mi parte, no me glorío sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, quien hizo del mundo un crucificado para mí y de mí un crucificado para el mundo” (*Ga* 6,14). El Vaticano II no deja en la sombra esta lección:

³ *Mt* 4,19; 8,9 y 22; 19,21.

“(Los religiosos) piensen que por la profesión de los consejos evangélicos respondieron a la vocación divina, de forma que vivan para Dios; no solo muertos al pecado (cf. *Rm* 6,11), sino también renunciando al mundo”⁴.

La renuncia es la condición necesaria de la adhesión al Señor. Anuncia y promete “La vida oculta en Dios con Jesucristo”, orienta hacia la unión con Jesucristo. En este sentido, es algo positivo y alegre, porque es superación y trascendencia. Quien consiente en perder su vida en este mundo la cambia en vida eterna (cf. *Jn* 12,25). Tal es la gloria de todas las renunciaciones. Por eso, nosotros cristianos, no tenemos vergüenza de confesar que esta lección permanece inmutable.

El espíritu de Cristo: la Oración

Es también imposible imitar a Cristo si la vida religiosa no inclina a la plegaria, si no se convierte en un deber, si no vuelve a la oración como a su patria, en el silencio o en el ruido de la acción. No se aprende el seguimiento de Cristo sino a fuerza de hablarle, de contemplarlo; no se sigue a Cristo si no se da al Paráclito el tiempo para expresar sus propios deseos en el alma religiosa, y expresar la oración del Hijo (*Rm* 8,15 y 27). Por eso, los Papas; cuando tratan sobre la vida religiosa, inevitablemente deben hablar de la oración y recordar su urgencia. Es una vocación en la vocación. Nadie puede abolirla⁵. El Vaticano II recuerda la importancia de esta obra de adoración y apostolado.

Pertenece entonces a los miembros de todo instituto el abrazar sin reticencias la vocación a la oración, cualquiera sea la forma y el ritmo; deben seguir a Jesucristo hasta el monte, al cual vuelve para rezar; no renunciar jamás a esto, como si la oración pudiera ser un día una etapa superada. La reivindicación de la Iglesia es tan grave en este asunto, que se niega incluso' ante las necesidades apostólicas inmediatas, a sacar a los contemplativos de su misión propia, para enviarlos a los campos de batalla de la acción exterior.

“Por mucho que urja la necesidad del apostolado activo, ocupan siempre una parte preeminente en el cuerpo místico de Cristo, en que todos los miembros no tienen la misma función (*Rm* 12,4)... enriquecen al Pueblo de Dios con frutos espléndidos de santidad, arrastran con su ejemplo y dilatan las obras apostólicas con una fecundidad misteriosa”⁶.

Seguir los caminos de Cristo

Al mismo tiempo, el religioso toma los caminos seguidos por Cristo. Esos caminos son los consejos evangélicos. La vida religiosa no tuvo que inventarlos. Los recibió de la Iglesia, y la Iglesia los recibió de Jesucristo, “como un don divino”⁷. Por eso, con autoridad, la Iglesia los impone al estado religioso bajo la forma de los tres votos perpetuos, pobreza, castidad, obediencia.

¿Qué razón hay que dar de este modo paradójico de existencia? El amor por el Hijo de Dios, en último análisis y exclusivamente. Es el amor que lleva a la semejanza, más fuerte que toda reserva, miedo, prudencia. Tomás, uno de los Doce, sintió un día la fuerza de este amor. Cuando Jesús quería volver a Judea, con peligro de su vida, para estar junto a Lázaro enfermo, el Apóstol exclamó: “Vamos, y muramos con él” (*Jn* 11,16). Estar-con-Jesús, donde él está y

⁴ PC 5.

⁵ Cf. *Les Enseignements pontificaux. Les Instituts de vie parfaite*. Desclée. Cf. Pío XI, n. 389; Pío XII, ns. 944,1055, 1113; Juan XXIII, ns. 1200, 1228.

⁶ PC 7.

⁷ LG 43.

como él está, ese es el llamado de la caridad. El religioso no tiene más que lanzar su cuerpo y su alma en la empresa, hacer del Señor su única preocupación en todas las preocupaciones. Entonces, el amor exigente “anima y dirige la práctica de los consejos”⁸.

Pobreza, pues, porque Jesucristo eligió la pobreza (*Lc 9,58*). Además, “si se descuida eso, todo quedará sin dar fruto”⁹. Castidad, “porque el divino Maestro permaneció virgen hasta la muerte”¹⁰. Obediencia, porque el Señor de la gloria se humilló obediente hasta la muerte y la muerte sobre una cruz” (*Flp 2,8*). Es el pensamiento, del Concilio: “Los que siguen la vía de los consejos se consagran al Señor de manera particular, siguiendo a Cristo quién, virgen y pobre (*Mt 8,20; Lc 9,58*), rescató y salvó a los hombres por su obediencia hasta la muerte de la cruz” (*Flp 2,8*).

Se descubre así la dignidad de la pobreza: es participación en la pobreza de Cristo. Por su parte, la castidad es hermosa, porque expresa y realiza la unión de amor que une a Cristo con la Iglesia, su Espesa. En cuanto a la obediencia, encuentra su Justificación plena en que prolonga la obediencia redentora de Cristo, aún la más difícil, la que aprendió en las pruebas (*Hb 5,8*). Y ahora el religioso osa adoptar esta existencia, pues está seguro de comulgar con el Señor, de actualizar en la Iglesia, en su modesta medida, al Cristo pobre, obediente¹¹, ayudando de este modo a la Iglesia a ser el Cuerpo de Cristo.

Permanecer en Jesucristo

Entonces la vida religiosa alcanza el término: “Permaneced en mí como yo permanezco, en vosotros” (*Jn 15,4*). Esta comunión supera todo conocimiento, trasciende toda explicación. Pío X convocaba a todos los religiosos a este término. Que cada uno de ellos “pueda decir con San Pablo: “No soy yo quien vivo, es Cristo quien vive en mí” (*Ga 2,20*)¹², que se deje tomar por Cristo), siga las vías del amor a ejemplo, del Salvador (cf. *Ef 5,1*), que viva por Jesucristo y en Jesucristo (*Jn 6,56-57*).

Al que permanece en Jesús, le es dada la alegría del Evangelio. El Concilio Vaticano II no duda en afirmarlo de los religiosos: “Adelantan en las alegrías del Espíritu”¹³. Afirmación tal vez inesperada. Pero, ¿por qué dudarlo? ¿Cristo no ha prometido acaso la alegría? La que él anuncia no es efervescencia de risa, emoción ostentosa. Es mejor que eso, es la comunicación de la alegría misma de Cristo: “Que mi alegría este con vosotros” (*Jn. 15,11*). Depende de la entera sumisión a la voluntad de Dios, de la adhesión a la persona del Verbo. Es el eco de una certeza: “No estoy solo, el Padre está conmigo” (*Jn. 16,33*). Por ese Jesús puede prometer: “Nadie podrá quitares vuestra alegría” (*Jn, 16,22*).

Servir a Jesucristo en su Iglesia

No se sirve a Jesucristo, sin ser llevado a servir a la Iglesia. No hay Cristo, en efecto, sin la Iglesia.

Servir a la Iglesia

⁸ PC 5; 6; LG 43.

⁹ Juan XXIII: *Alocución a los Ministros Generales de los Frailes Menores* (Franciscanos), en: *Les Enseignements pontificaux*, n. 1156.

¹⁰ Pío XII, *Sacra Virginitas*, en: *Les Enseignements pontificaux*, n. 838 (cf. n. 837).

¹¹ Cf. PC 1; 5; 12; 13; 14.

¹² Pío X: *Alocución a los Franciscanos*, en: *Les Enseignements pontificaux*, n. 326.

¹³ LG 43.

Porque el Hijo de Dios dió su vida “para congregar en la unidad los hijos de Dios que estaban dispersos” (*Jn* 11,52), la vida religiosa está dedicada a dar la vida de sus miembros para fortificar y hacer crecer el Cuerpo de Cristo¹⁴. Aunque no pertenece a la estructura eclesial divinamente instituida, la vida religiosa no es un accesorio de lujo o un excedente inútil, sino un elemento de la vitalidad de la Iglesia, Cuerpo de Cristo.

Sin duda, buena parte del clero tiene dificultad para reconocer esta evidencia. Algunos institutos, por otra parte, que se toman como realidades autónomas, disciernen mal su papel y su situación en la Iglesias ¿Este tiempo comienza a alejarse? Sí así eso la Iglesia lo debe a algunos Papas, a Pío XII especialmente. Este señalaba con firmeza el carácter eclesial de la vida religiosa: «A través de los siglos aparecieron nuevas formas de vida religiosa “en vista del perfeccionamiento de los santos, para la edificación del Cuerpo de Cristo”» (*Ef* 4,12)¹⁵. El Concilio Vaticano II, por su parte, ha hablado claramente, le bastante como para que nadie le ignore ya.

Todo religioso dondequiera esté, cualquiera sea su obra, tiene por misión el construir la Iglesia., particularmente hacerla “santa Iglesia”. Es la ineluctable responsabilidad de la vida religiosa. Pío XI lo proclamaba. Pío XII volvía a ello con insistencia. Vaticano II consagra esta misión. La práctica de los consejos evangélicos, explica, libera el impulso y la intensidad de la caridad de muchas complicaciones y retardos. El estado religioso ofrece, pues; con los votos, los medios que disponen objetivamente a la paz y a la caridad en la unidad del Espíritu (*Ef* 4,3), de este modo contribuye directamente a hacer a la Iglesia unánime y santa.

El estado religioso se pone todavía al servicio de la Iglesia de otra manera, por medio de la obediencia. Esta, en efecto, no es para el religioso un ejercicio de ascesis, en primer lugar, sino un instrumento destinado a hacer más eficaces los esfuerzos de todos para el bien de la Iglesia. El problema del religioso obediente no es el de ser dependiente al máximo, en todo momento y en todo lugar, sino el de unir por la obediencia sus fuerzas a las de los otros, aumentarlas por esta convergencia para el mayor provecho espiritual de la Iglesia, para la más grande eficacia de su acción. Por lo demás, en razón de la obediencia prometida, el religioso sabe que está expuesto a los sacrificios, que pueden ser considerables. Es a este precio también que se prolonga en la Iglesia la obediencia redentora de Cristo.

*A la alabanza de la gloria de Dios*¹⁶

Vale la pena dar su vida para hacer crecer el Cuerpo de Cristo. Esta causa no es jamás dudosa. Es la causa de la humanidad, es la causa de Dios, inseparablemente. No se glorifica a Dios si no es abriendo al hombre las puertas de la salvación.

Pero no hay que poner la gloria de Dios entre paréntesis. Esto debe ser dicho y repetido en un tiempo en el cual la epifanía del hombre es el acontecimiento y la promesa de nuestra civilización. Que Dios sea glorificado, que sea reconocido en su majestad, proclamado y alabado en su caridad; tal es el fin último de la vida religiosa como de la vida cristiana. También allí, Jesucristo pide ser seguido, hasta el testimonio que se rinde a sí mismo: “Padre, te he glorificado en la tierra,, he completado la obra que me habías encomendado, manifesté tu nombre a los hombres” (*Jn* 17,4-6).

“A Dios solo sea la gloria”. Es el lema de las religiosas Ursulinas. Es el eco del himno de san Pablo: “A Él pertenecen el Honor y el Poder para siempre. Amén” (*I Tm* 6,16). La voz de Pío IX resuena a su vez: “Las familias religiosas fueron establecidas por santísimas personas a

¹⁴ PC 1; 5; 11; cf. 1; LG 43; 45.

¹⁵ Pío XII, en: *Les Enseignements pontificaux*, n. 1074; Pío XI, *ib.*, n° 451; PC 14.

¹⁶ Cf. *Ef* 1,12.

quienes el Espíritu divino inspiraba en vista de la más grande gloria de Dios y de la salvación de las almas”¹⁷. Hoy, el Concilio Vaticano II, en el capítulo sobre los religiosos; no quiere más conclusión que esta advertencia.

“Esmérese, por consiguiente, todo el que haya sido llamado a la profesión de estos consejos, por perseverar y destacarse en la vocación a la que ha sido llamado, para que más abunde la santidad en la Iglesia y para mayor gloria de la Trinidad, una e indivisible, que en Cristo y por Cristo es la fuente y origen de toda santidad”¹⁸.

Testimoniar a Cristo Señor

Como todos los enviados evangélicos, como la Iglesia entera, el estado religioso tiene como misión el ser un signo del Señor.

El Concilio Vaticano II lo recuerda:

“Pongan los religiosos especial solicitud en que, por ellos, la Iglesia muestre mejor cada día a Fieles e infieles, a Cristo, ya sea entregado a la contemplación en el monte, ya sea anunciando el reino de Dios a las turbas, sanando enfermos y heridos, convirtiendo los pecadores a una vida correcta, bendiciendo a los niños, haciendo el bien a todo...”¹⁹.

No se trata de evocar simplemente el recuerdo del Jesús de antaño con actividades semejantes a las suyas. ¡Reconstitución histórica, sin interés! Se trata, con la ayuda de Dios, de revelar, por la vida religiosa, a Jesucristo siempre vive, siempre poderoso para elevarnos hasta Dios.

Testimoniar aquí abajo el poder de Cristo

¿Cómo se hará eso? La vida religiosa cree que Cristo, Hijo de Dios, es para ella, la riqueza insondable y única. Desde este instante, todas las ventajas no son más que desventajas para ella, toda ganancia se vuelve pérdida en comparación con la ganancia supereminente que es el Señor Jesús (cf. *Flp* 3,7-8). Tan solo se requiere un paso; vender todo, desprenderse de todo para ganar a Cristo. Comienza entonces el testimonio dado a Jesucristo, pues tan solo el Señor puede conducir a un hombre a este descubrimiento y a esta decisión, humanamente imposibles. ¿Quién, sino , Podría llevar, durante tantos siglos, para toda la vida; a tantos hombres y mujeres, que no eran empujados de ninguna manera por el desprecio de los valores terrestres sino por el deseo de amar al Señor sin división? Desapego sin volver atrás, adhesión sin arrepentimiento, ¿no es ese un signo de la omnipotencia del Señor?

Pero los institutos religiosos sólo mostrarán este signo si las vocaciones son perfectamente puras y permanecen tales. Es difícil, en la hora presente, entrar en la vida religiosa sin buscar en ella exclusivamente al Señor; pero es posible permanecer dejando que se enfríe el espíritu, dejando que la mística de Cristo degenera en costumbre o en búsqueda de seguridad. Hay, pues, que llegar hasta el fondo de la exigencia evangélica “velad y orad”, resistiendo a la tentación multiforme.

En esta empresa inmensa, la vida común, bajo sus modestas apariencias, puede y debe cumplir su papel, dando un rostro a la caridad. Entonces, de nuevo, Cristo aparecerá, divinamente poderoso para superar las diferencias y las divergencias entre hombres venidos de horizontes diversos u opuestos, suscitando la atención recíproca y la ayuda mutua (cf. *Ga* 6,2) creando la

¹⁷ Pío IX, en: *Les Enseignements pontificaux*, n. 110.

¹⁸ LG 47.

¹⁹ LG 46.

convergencia de actos y pensamientos. Todos los días debe el Señor recomenzar a abrir los caminos que conducen a los hombres los unos hacia los otros. Sólo él lo puede. En este sentido:

“La unidad fraterna manifiesta la venida de Cristo”²⁰

Anunciar el retorno de Cristo

El testigo de Cristo anuncia también el retorno de Cristo “quien transfigurará nuestro cuerpo de miseria en su cuerpo de gloria” (*Flp* 3,21). Es lo que hicieron Pablo y los Doce.

La Iglesia pide al estado religioso que sea testigo. Le pide que cumpla esta misión no con palabras, sino principalmente con actos irrevocables: renuncia al apetito de poseer, renuncia a la independencia para servir tan, solo a la misión eclesial, renuncia al exclusivismo del amor humano.

¿No es esa la manera más simple de significar que el esplendor y el valor de la vida religiosa trascienden la fortuna, la carrera personal, el amor humano? ¿Demostrar que residen eminentemente en la “vida oculta con Cristo” (*Col* 3,1), en la feliz esperanza del retorno de Jesucristo? En comparación con este Acontecimiento y con esta última Revelación, todo valor es pobre, todo acontecimiento insignificante. Silenciosamente, los religiosos certifican que lo efímero, tan brillante, tan útil, tan válido como puede ser, sigue siendo efímero, pasajero. Silenciosamente, en actos y sin palabras, dicen que la vida merece ser vividas aun cuando los valores terrenos no la acompañen, puesto que Jesucristo está presente, que se da y se dará siempre.

A su manera, el estado religioso proclama que la vida es más que la vida, que el Hijo del Hombre se acerca ya “con poder y gloria grande” (*Mt* 24,30). Atestigua que la figura de este mundo pasa (*I Co* 7,31), para descubrir un día el “universo nuevo” (*Ap* 21,5), Aun para los cristianos este testimonio no es superfluo. La vida religiosa les recuerda -¡se olvida tan fácilmente!- que la verdadera vida comienza más allá de los días presentes, cuando “el Señor Dios derrame sobre ellos su luz” (*Ap* 22,4-5). La vida religiosa puedes pues, atraer -como lo espera la Iglesia- “todos los miembros (del Cuerpo de Cristo) a cumplir animosamente los deberes de la vocación cristiana”²¹.

Problema de vida

Es innegable hoy que la evolución del mundo y el movimiento de la Iglesia interpelan a los religiosos con vehemencia, reclaman que hagan más manifiesto, más descifrado, el sentido evangélico de la vida religiosa. Sin duda, el desciframiento de los signos de Cristo exige una actitud previa de simpatía, de convivencia espirituales. Pero, en fin, hay algo por hacer.

¿Qué hacer? Nadie lo sabe claramente ni en el detalle de las realidades concretas. No es sin embargo una razón para pretender que se trata de un falso problema. Pero es un motivo muy sólido para pedir al Espíritu Santo que nos “conduzca a la verdad entera”. En todo caso, hay una cosa segura. Ya no basta, pues no ha bastado jamás, volverse hacia los fundadores, celebrarlos y glorificarlos, para que descienda de esta manera el espíritu evangélico en un instituto. Más vale abandonar el triunfalismo.

¿Qué hacer entonces? Se ha escrito: “Reinventar la vida religiosa”. Puede ser. Pero habría que ver qué es lo que se quiere significar con esas palabras. Si se entiende con eso que hay que

²⁰ PC 15.

²¹ LG 44.

modificar costumbres, métodos reglas, ¿quién no lo admite? Hay que cooperar generosamente en esas modificaciones, a pesar de las costumbres contrarias.

Pero no se puede suponer la carreta delante de los bueyes”. La “reinvención, no tendrá sentido ni valor si no emana de la fuente interior. Se trata pues de consentir a todos los llamados del Señor, no rezongar, regatear, sino de profundizar la vida religiosa, vida teologal de fe, de esperanza y de caridad, a través de todas las renunciaciones.

La consecuencia de este, creemos, es que la vida religiosa “vol verá a ser difícil”, si es permitido aplicar aquí una expresión de Malraux sobre el cristianismo. Será difícil, no porque estará, la vida religiosa, sembrada de incomodidades artificiales y minuciosas, incomprensibles' para el incrédulo y aun para el creyente, sino porque será totalmente entregada a Jesucristo, dándose totalmente a la Iglesia, al prójimo y a sus necesidades, aunque estas sean extremas, imprevistas. Será difícil, porque se verá expuesta a lo imprevisible, expuesta a los llamados de los demás, expuesta a las exigencias de una renovación que no está nunca terminada²². ¿No es eso acaso lo que la Iglesia pide a los religiosos que recuperen para nuestro tiempo, cuando los remite a “las fuentes”?

En otro tiempo, hubo palabras severas de la Santa Sede para los que no tienen “el espíritu de su Orden” y no conservan más que “la apariencia y el exterior de la piedad” (Pío IX). No se puede olvidar estas palabras. En cuanto a la invitación positiva, permanece siempre la misma, resuena con más fuerza y claridad que nunca: “Seguir a Jesucristo”, “imitar a Jesucristo” en la pobreza, la castidad, la obediencia. Aquí reside el carisma del estado religioso, así como su valor y su sentido permanentes.

Se trata pues de la gracia divina. Esta no se obtiene sino a fuerza de pedirla, no se merece más que en la oración continua, no puede ser conservada sin la humildad cristiana, condición de la llegada del Reino (*Lc* 18,16-17).

²² *Motu Proprio Ecclesiae Sanctae*, c. 2, n. 19.